

una especie de copo de algodón en rama, que sirve para interceptar el paso del aire que dá impulso al proyectil y se emplea para aturdir á los pájaros que se desea coger vivos. Otras veces está afilada y es-

traordinariamente dura. Mr. Abels me enseñó el uso de aquella arma. Primeramente se introduce la flecha entera en la cerbatana; despues se apunta, lo cual se hace con gran facilidad, porque el arma apoyada en el



Toekan Thialong.

centro de la boca, se halla en la dirección de la mirada de los dos ojos; se sopla entonces con fuerza, cerrando al punto el agujero del tubo con la lengua, y la flecha, cuyo alcance es grande, vá directamente al blanco.

Quise hacer la prueba con ella, y como nos hallábamosen la galería de la fonda de Mr. Grenier, en frente de un estenso corral lleno de gallinas, apunté á una de aquellas desgraciadas aves creyendo que no

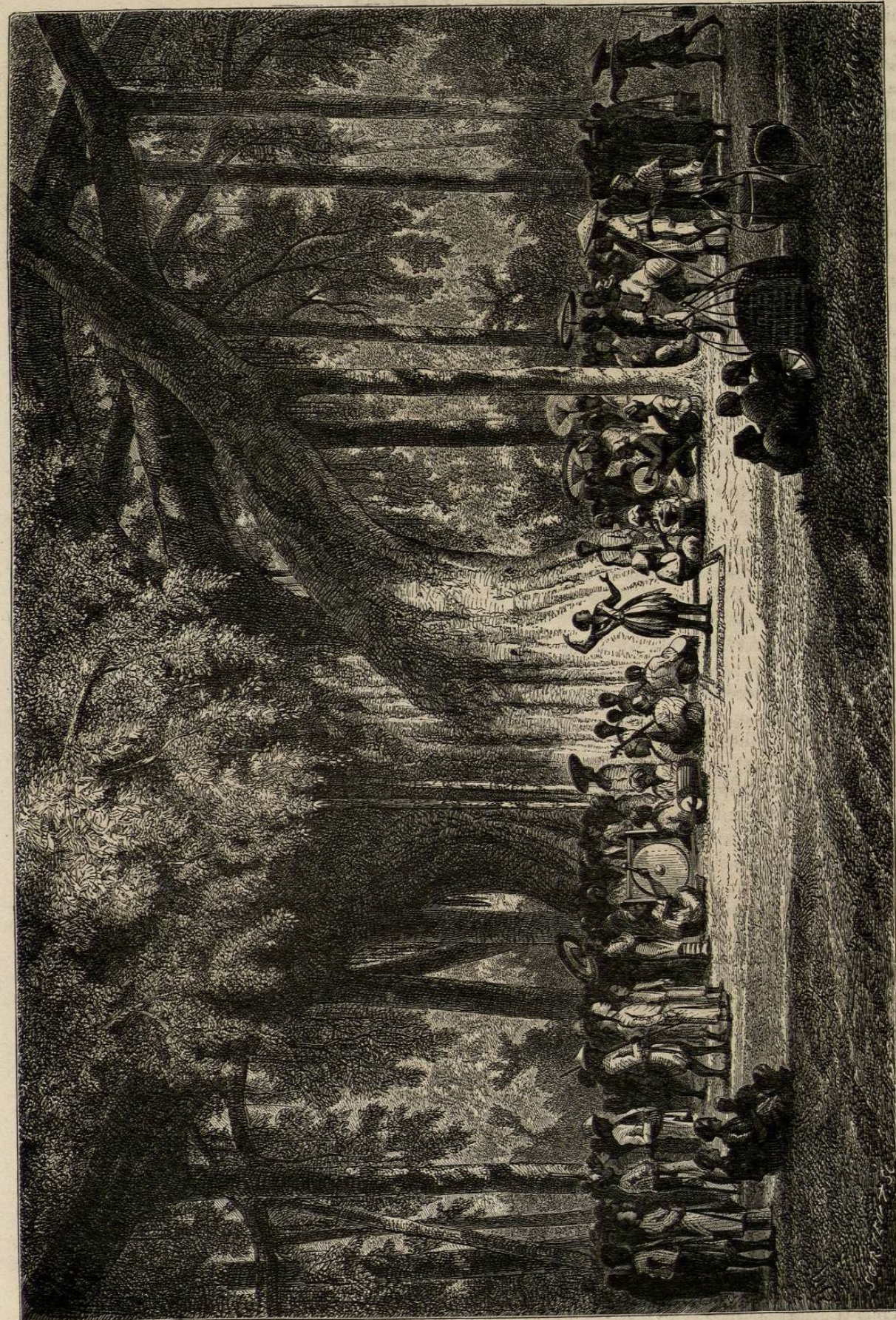


El palanquin javanes.

la tocaria, y á pesar de las advertencias de mi huésped, que me predecia que iba á causar alguna desgracia, soplé con fuerza en la cerbatana, y la flecha, tan rápida y segura como la de Guillermo Tell, voló hácia el desgraciado animal y le atravesó de parte á

parte. La gallina mortalmente herida fue guisada para la comida de aquella tarde, y aunque estaba muy tierna, siempre me remorderá la conciencia de aquel asesinato involuntario.

Los indígenas tienen además otras armas muy in-



Danza de bayaderas debajo de un baniano, en los alrededores de Boghor.

geniosas y muy primitivas, destinadas á la caza de pajarillos, á que tienen una afición decidida.

Los príncipes javaneses se entregan con placer á la caza mayor. Les gusta correr ciervos; pero rara vez con perros, que serían mordidos por los reptiles, destrozados por las espinas de las plantas, y que además no pueden resistir aquel clima; sino á caballo, procurando atajar al animal y engañarle. Cuando éste se halla fatigado, se acercan á él los ginetes, y proveyéndose de un róten con plomo en uno de sus extremos y en el otro un fuerte puño de cuero para sujetarle bien, acogotan al pobre animal. Esta caza, tan difícil como bárbara, está reservada exclusivamente á los altos personajes de Java.

Respecto de los tigres, ya he dicho el profundo terror que inspiran á los indígenas; por lo mismo, son pocos los hombres intrépidos que se aventuran á ir solos y por la noche, con intenciones hostiles, á las formidables cuevas donde como ha dicho un poeta:

El tigre real feroz, habitante de los jungles,  
Se revuelca y alarga sus garras.

Sin embargo, en Java hay cazadores de fieras que atacan al tigre de las diferentes maneras conocidas en Europa; pero el modo de coger un tigre vivo, no es tan comun y merece especial mención.

Después de reconocer los sitios por donde la fiera dá ordinariamente sus paseos nocturnos, se elige un pequeño claro en el bosque, que se halle oculto por los arbustos. Se hace un hoyo de 3 metros cuadrados de superficie y 4 ó 5 de profundidad, y se echa en él un animal vivo, como, por ejemplo, un perro ó una cabra: se cubre todo de ramas ligeras, figurando con la perfección posible un terreno vírgen. Al caer la noche, los cazadores se retiran y acechan en silencio, seguros de que mientras oigan gritar al pobre animal metido en el hoyo, no ha caído el tigre en la trampa. Entre tanto la fiera, atraída por los gritos, y guiada además por el olor, se acerca con paso largo y silencioso á oler y á escarbar los arbustos, buscando el mejor sitio para lanzarse al lugar donde piensa que se halla la presa invisible. De repente el tigre se para, retrocede algunos pasos, toma carrera, y de un brinco vá á caer al fondo del hoyo, arrastrando consigo las ramas. Casi inmediatamente el pobre animal que sirve de cebo se muere de espanto. Después de algunos furiosos brinco inútiles por la falta de espacio, el tigre se resigna y se hecha con la cabeza sobre las manos y la vista dirigida á la parte superior del hoyo. Entonces se le puede matar de un tiro sin que haga el menor movimiento; pero si se le quiere coger y llevarle vivo, se echa en el hoyo una caja menos alta y mas estrecha que el mismo hoyo, hecha de bambú, cerrada por la parte superior y abierta por abajo, y después se va llenando el hoyo poco á poco con la tierra

que se habia sacado de él y que se habia cuidado de ocultar á corta distancia de allí bajo el follaje. El tigre, impaciente con aquella lluvia de tierra, renuncia á su inmovilidad, se levanta, pisa la tierra que se va echando, y á medida que el nivel se eleva, el tigre sube con él llevando encima la caja que le aprisiona. Cuando la prision y el prisionero se hallan casi á flor de tierra se colocan unas varas en la caja, y después que se llena el hoyo, saca aquella á tierra firme. Si la fiera es muy temible, se mete un tablon debajo de sus pies, y así se le lleva; si no, se le hace viajar empujando la prision movable y colocándola en el suelo cuando el tigre manifiesta deseos de sublevarse. Le es imposible todo brinco y no es de temer tampoco que se escape, porque, como hemos dicho, el tigre tiene horror á tocar el bambú, cuya corteza barnizada embota sus terribles garras.

En cuanto á los europeos, los que pueden soportar el rigor del clima, se entregan con gusto al placer de cazas menos peligrosas. El jabali, el babi-rusa (ciervo-puerco), y el lindo antilope leonado con manchas blancas, son sus víctimas ordinarias; pero nunca he encontrado ningun cazador, por endurecido que fuese, que pudiera matar mas de un mono, porque la agonia de este animal es horrorosa, especialmente á causa de su semejanza con la del hombre. Mr. B..., uno de los Nemrods de Java, me refirió que un día habia encontrado yendo de caza una numerosa tropa de monos: tiró casi al azar y vió caer del árbol una mona con su hijo, heridos del mismo tiro. Entonces presencié una escena desgarradora. La desgraciada madre, olvidando su herida, prodigó á su hijo los mas tiernos y apasionados cuidados; le apretaba en sus brazos, le llenaba de caricias y trataba de detener la sangre que corría de las heridas del pequeño mono, poniendo en ellas sus negras manos. Por último, al ver que su hijo estaba muerto, espiró también, manifestando en sus gestos y muecas la mas violenta desesperación. Mr. B... me confesó que aquel espectáculo le habia conmovido profundamente, y que desde entonces nunca habia descargado su escopeta contra ninguno de aquellos pobres animales.

Los indígenas emplean un método bastante ingenioso para coger monos. Trepan á los cocoteros con una agilidad semejante á la caza que persiguen, hacen un agujero en un coco y le vacían. El mono que ve aquel coco agujereado, obedeciendo á su natural instinto de curiosidad, quiere conocer la causa, mete la mano con algun trabajo en el agujero, escarba un poco en el interior del coco vacío, y luego cuando quiere sacarla, admirado de la dificultad que experimenta, separa los dedos, se cansa la muñeca, se aturde por último y queda ordinariamente preso.

De la caza á la lucha de animales no hay mas que un paso, y por lo mismo los indígenas son muy afi-

cionados á esta última diversion. Los soberanos del país suelen echar á reñir en estensos circos á los tigres con los búfalos. No se da de comer al tigre en algunos días y el furor duplica sus fuerzas: el búfalo no tiene por refugio mas que unos gruesos postes de madera plantados en el suelo, y detrás de los cuales se bate en retirada cuando el peligro es inminente. Lo singular es que éste sale casi siempre vencedor y consigue clavar al tigre con sus cuernos en las paredes del circo. Pero como aquellas grandiosas luchas, que recuerdan los buenos tiempos de la Roma de los Césares, no están al alcance sino de la riqueza de los príncipes, la mayor parte de los indígenas se limitan á echar á reñir á los gallos y á las codornices; pero mas generalmente á los desgraciados grillos. Encierran á este insecto, que es habitualmente inofensivo en una caja de madera con una abertura por la cual se escita al animal antes del combate. Cuando le consideran bastante rabioso, se le hace salir de la caja y se le pone en presencia de su adversario, y ambos luchan hasta la muerte de uno de ellos. Este entretenimiento no solo es ridículo y cruel, sino que da origen á apuestas en que los javaneses igualan en locura y en imprudencia á nuestros *sportmen*, y que producen en su fortuna y en su moralidad funestas consecuencias.

Los indígenas tienen también afición á enseñar á los europeos los animales curiosos del país. Un día me llevaron un *tatu-cabasú*. Este singular animal tiene como es sabido, la forma de un raton grande y está cubierto desde la parte superior de la cabeza hasta la cola, de escamas redondas, de que los indígenas hacen sombreros, y se alimentan especialmente de hormigas. Le tuve conmigo algun tiempo, pero me vi obligado á deshacerme de él á causa del insoportable ruido que hacia con sus uñas en el suelo, y sobre todo de lo desagradable de su cortada respiración, que parecia en cierto modo al ruido que se hace al sorber con la nariz.

También me regalaron una rana de una especie particular y desconocida para mí, á la cual, sus largas patas traseras, que eran extraordinariamente grandes, respecto á las de delante, permitian dar prodigiosos brinco y saltaba sin cesar por encima de los muebles, de mi cabeza, y hasta el techo. La incomodidad que me producía me obligó á soltarla al campo.

El huésped que conservé mas tiempo, y al cual tomé mas cariño, fue una culebra verde (ular-hidio), no venenosa, pero que cuando se encolerizaba, podía producir una profunda mordedura. Esta culebra, que es indudablemente la mas bonita de todas, tiene un color verde aterciopelado, y á los lados del vientre una larga franja dorada. Es de un metro de longitud próximamente, con buenas proporciones, y su cabeza es el tipo perfecto de las de los reptiles. Su forma

graciosa y su hermoso color aventajaban á los mas bellos esmaltes de Palissi. Ordinariamente la tenia encerrada en una vasija, pero algunas veces la soltaba, y entonces se subía á las mesas, ya arrollándose á los pies, ya enderezándose sobre su columna vertebral hasta que colocaba la cabeza en el borde de aquel mueble para subir después de un solo empuje.

Voy á referir su fin, que fue trágico.

Habia yo criado en casa un gato para convencerme de una rareza especial de los gatos del país, que tienen la cola anudada naturalmente; deformidad que atribuí al principio á alguna torsion hecha á aquellos animales cuando eran pequeños. Un día el gato encontró la culebra que daba su paseo ordinario, y se puso á incomodarla con las manos. Irritado el reptil con aquella agresión, se arrolla en el suelo en forma de ocho para dar á su cuerpo mas elasticidad y fuerza, y ataca vigorosamente al gato, convirtiéndose de verde que era, en negra y gris. Este fenómeno, que después me esplicué, procede de que el extremo inferior de sus escamas es verde, y la parte unida á la piel de color gris, de modo que al estirarse el animal, deja ver toda la escama. Al observar que la lucha iba siendo encarnizada, el gato se habia sentado, y sacando las uñas arañaba terriblemente á su adversario. La cólera de éste creció con tal violencia, que sus escamas se erizaron y dejaron ver la carne desnuda, convirtiéndose su color en encarnado. Como la culebra se hallaba en gran peligro, y el gato la habia arañado varias veces, quise librarla de una muerte segura metiéndola en la vasija, pero mis criados se opusieron á ello diciendo que era muy peligroso tocarla en aquel momento. Un instante después, el gato, asestandola una vigorosa garfada, la cortó la cabeza.

El viaje que hice á los países vírgenes, me aficionó á ellos, y me daba que pensar de tal modo lo que me referian del país de los Prehangans, que resolví ponerme en camino. Mr. Abels se avino á acompañarme en aquella nueva escursión que debia durar algunos días. Resolvimos dirigirnos á Tjiandjioor, que seria nuestro cuartel general, y desde allí visitar las comarcas vecinas. Pero las lluvias que reinan constantemente en aquellos países en que el sol pasa verticalmente, abreviaron nuestro viaje. Sin embargo, nos internamos bastante en el país y vimos muchas cosas interesantes.

Salimos de Boghor á las dos de la mañana, acompañados como la vez anterior de coolies, que llevaban algunas provisiones, y nuestros ligeros equipajes. Debíamos pasar el Maga-Meudong antes de amanecer y nos quedaba un gran trecho que andar. La noche, sin luna, absolutamente oscura, como ya la he descrito, nos impedia ver las orejas de los caballos, y con mayor razón dirigir su marcha. Seguian

no sé cómo á nuestro guia; pero de cuando en cuando se estremecian de una manera estraña y daban bruscas huidas, poniéndome á pique de perder los estribos.



La gran hostería en Boghor.

—¿De qué se asustan estos animales? pregunté á nuestro guia.

—Sin duda de los malayos que duermen en los fosos, me contestó, y acaso de las culebras que atraviesan el camino huyendo de nosotros.



Plátano real.

ques, donde la noche era mas oscura aun. Yo no veia ya á mi caballo, y aunque sentia sus movimientos, me parecia que andaba hácia atrás, sensación que



Plátano silvestre.

procuraba tener en mi infancia cerrando los ojos cuando iba en coche.

Al amanecer nos hallábamos en el punto mas ele-



Vista de los alrededores de Boghor.